

MAURICIO FERRARIS, *Jackie Derrida. Retrato de memoria*, trad. Bruno Mazzoldi, Bogotá, Siglo del hombre editores, 2007.

Las relaciones con los maestros son difíciles, señala Ferraris en más de una ocasión, a lo largo de este conjunto de ensayos. Si hay algo que opera como hilo conductor entre los diferentes textos, sin dudas, es el amor. Amor a la vida, amor a la filosofía, a la escritura, al amigo que ya no está. Sin embargo, el primer texto del libro, a modo de prólogo, se titula “Hablando de él en vida”. Allí leemos: “estos escritos, en parte anteriores, en parte posteriores a la muerte de Derrida, quisieran evitar el otro exceso, más humano y común, el de la beatificación, y es éste el sentido que quisiera dar a entender al anunciar en primer lugar que discurriré acerca de Derrida *hablando de él en vida*”. Este gesto –sin dudas, solidario con una ética de la deconstrucción–, le permite a Ferraris explicar el desarrollo de la filosofía de Derrida de un modo controvertido y altamente incisivo: “el problema de fondo de su pensamiento consiste precisamente en entender de qué manera esa cosa efímera que es la presencia– la presencia de alguna cosa ante nuestros ojos, la presencia de un amigo, la presencia de nosotros mismos– se puede conservar. La respuesta, para Derrida [...] es la escritura. La presencia física de las cosas en el mundo es transitoria; duran más las ideas pero, para que no desaparezcan juntamente con esas cosas físicas que son los hombres que las pensaron, es necesario que estos hombres las transmitan a sus semejantes y, sobre todo, que las pongan por escrito, para que lo que ha sido presente no se disperse, y se conserve como idea.”. A contrapelo de las interpretaciones más convencionales del trabajo de Derrida, el autor italiano no duda en hacer de la deconstrucción una filosofía de la *conservación de las ideas*; y esto, nada más y nada menos que en el artículo publicado en *Il Sole 24 Ore*, el 10 de octubre de 2004, al día siguiente de la muerte de Derrida.

Maurizio Ferraris (profesor de filosofía en la Universidad de Turín, Italia, y director del Centro Interuniversitario de Ontología Teórica y Aplicada) ha publicado, entre otros textos, *Un gusto por el secreto (con J. Derrida)*; *Introducción a Derrida* –con traducción castellana en Amorrortu, 2006–; *¡Goodbye Kant! Lo que hoy queda de la “Crítica de la razón pura”* y *¿Dónde estás? Ontología del celular*. Amigo personal de Derrida (“Le había conocido por carta cuando el 8 de julio de 1981 me había enviado una tarjeta agradeciéndome un artículo comprendido en un número monográfico de *Nuova Corrente* dedicado a él”, recuerda el autor en uno de los textos más notables del libro: “Ontología ansiosa”, leído en noviembre de 2004, durante un encuentro en memoria de Derrida, en Roma), Ferraris se refiere al filósofo francés, en numerosas ocasiones, como “Jacques”, o simplemente “Jackie”: “¿A qué viene ese *Jackie*? ¿Demasiado confianzudo? No, no soy irónico, apenas familiar. En realidad él se llamaba efectivamente *Jackie*: por más increíble que nos parezca, *Jacques* era el seudónimo”. Conmueve la forma en que Ferraris– usando pocas palabras– define a su amigo: “ha sido el hombre más enamorado de la vida que jamás haya conocido”. Y agrega: “el hombre, así como pude conocerle, estaba a la altura de sus obras, lo que, efectivamente, es cosa rarísima”.

No se trata de un libro sobre la filosofía de la deconstrucción. Si bien abunda en reveladoras definiciones –“Derrida piensa la deconstrucción ante todo como una praxis de la escritu-

ra. [...] Una praxis que vive de pausas, de trazas, de diferencias, particularmente en el intento de deconstruir la identidad, el carácter definitorio y la defensa de la alteridad propugnadas por la metafísica de la presencia”–, cada artículo constituye un verdadero testimonio, motivo por el cual Ferraris fecha cada uno de los textos, publicados aquí “sin modificar”, sin correcciones, ya que, en su gran mayoría, se trata de comentarios biblio-auto-bio-tanato-hetero-gráficos, dando cuenta de los sutiles deslizamientos –y errores– que componen la construcción del propio recuerdo narrado “de memoria”.

Quizás, la anécdota más significativa del libro, sea aquella de fines de agosto de 1997, en Villefranche Sur Mer: “Cuando estábamos a la mesa echó uno de los chistes que mejor expresaban su ontología ansiosa. La granja de los animales decide organizar un almuerzo campestre. Salen todos y al llegar al lugar escogido se dan cuenta de haber olvidado el abrelatas. ¿Quién va por él? Se ofrece la tortuga y advierte: *cuidado, no empiecen a comer antes de mi regreso*. Los animales se quedan perplejos, pero por otra parte nadie tiene ganas de ir hasta allá, así que la dejan ir. Pasa una hora, pasan dos, tres, ya es casi de noche, y la tortuga no regresa. En cierto momento el pato dice: *Tal vez podríamos comer al menos el entremés*; el perro se rehúsa, el gato está de acuerdo, la cabra también y los animales se aproximan a los fiambres. En ese preciso momento, desde una mata al otro lado del claro del bosque, asoma la tortuga: *Les digo que si empiezan a comer, yo no voy*”.

Toda la filosofía de Derrida es, para Ferraris, un intento de aprender a morir, por fin. Derrida (no) ha muerto: “La fiesta se acabó, ya es de noche, y la tortuga está ahí todavía, ni se ha movido”.

MARIANO DORR